



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

EL CÁNCER SOCIAL



—Y vosotros ¿qué dijisteis?

—Pues na, que no queríamos seguir si no se aumentaban los jornales, porque este trabajo que hacemos ahora es pa matar á un hombre.....

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Chismorreos, por José López Silva.—El progresol, por Fiacro Yráyoz.—Palique, por Clarín.—Socialismo refinado, por Juan Pérez Zúñiga.—La princesa y el pastor, por José Estremera.—En el Olimpo, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Anuncios.
GRABADOS: El cáncer social.—Los que se quejan, por Cilla.—Ley de 30 de Junio de 1892, por Escaler.—Anuncios, por Cilla.



La Asociación de padres de familia ha llevado á los tribunales al *Gato Negro*, periódico semanal que se publica en esta corte.

Yo no conozco á ese *Gato*, ni sé á qué ha venido, ni para qué sirve; pero muy malo tiene que ser cuando la Asociación de padres le pone la proa y pretende quitarle la cordilla.

La verdad es que hacía mucha falta una Asociación así. El escritor público disfruta en esta tierra todo género de dichas, y es justo que se le impongan determinadas condiciones para que pueda seguir dedicándose á los placeres.

Esos padres de familia se habrán dicho:

—¿Conque tú, escritor público, nadas en la opulencia? ¿Conque eres un sibarita? Pues ya que la suerte te obsequia con sus halagos, justo es que pagues algo de lo mucho que nos debes.

Y desde ese día los padres de la Asociación ó la Asociación de los padres no se da momento de reposo para vigilar nuestros actos y ver dónde y cómo ponemos los puntos de la pluma.

Yo creo que debe ser padre cierto señor que viene con frecuencia á mi casa, á pretexto de leerme sus producciones poéticas. El caso es que se me introduce en el despacho, diciendo:

—Nada, nada, siga usted, que no tengo prisa.

—Entonces, con su permiso, voy á ver si concluyo este artículo.

lejo.

—Hágase usted la cuenta de que no estoy aquí.

Yo sigo trabajando y él se coloca detrás, para leer por encima de mi hombro lo que voy poniendo en las cuartillas.

Á lo mejor me interrumpe y dice:

—Hombre, ¿por qué dice usted que la vinda de Falseta tenía un remiendo en la chambra?

—Porque es verdad.

—Pero hay cosas que no deben decirse. ¿Qué necesidad tiene el público de conocer ciertas interioridades de ropa blanca? Borre usted eso.

—Pero.

—Bórrelo usted: se lo digo porque me inspira usted simpatía verdadera, y no quiero que tenga un disgusto con los padres de familia.

Por esto he llegado á creer que mi visitante pertenece á la Asociación y entra en casa de los escritores, con cualquier pretexto, á fin de detener su pluma y evitar deslices.

Aparte esta vigilancia que ejerce sobre las cuartillas, siempre me está haciendo preguntas acerca de mis condiciones morales.

—¿Á qué se dedica usted por las noches?—dice con cierto interés mal disimulado.

—Á dormir—contesto yo.

—Siempre tendrá usted alguna novia, ¿verdad?

—No diga usted eso, D. Casto, porque me da vergüenza.

—Vamos, conféselo usted.

—No sea usted melancólico.

Él quisiera que yo le enterase de toda lo que hago durante el día, para ir corriendo al juzgado y ver si podía procesarme por inmoral; pero se lleva chasco.

Ayer me lo encontré en la calle, yendo yo en compañía de una

señora contemporánea de *Asmodeo*, y al verme me dijo en voz baja:

—Niéguelo usted ahora.

—¿Qué?

—¿Podrá usted negar que esa dama es su amante?

—¡Pero hombre! ¡Si tiene ochenta y cinco años y ha saltado á la comba con mi abuela!..

—No importa.

Y echó á andar tras de nosotros, para oír lo que decíamos y ver si podía evitar nuestra perdición.

La verdad es que hacía falta un cuerpo de vigilantes espontáneos para contener los excesos del hombre y aun los de la mujer. Antes todos teníamos libertad absoluta para hacer el amor, para emborracharnos y para poner un duro á cualquier caballo; ahora ya hay que mirarse más, porque á lo mejor toma uno una borrachera y al día siguiente se ve demandado por la Asociación de padres, ó de madres, ó de cuñados de familia.

En mi vecindad hay una doméstica que tiene relaciones con un esterero, y hasta hace pocos días pelaban la pava en el portal libremente todas las noches. Desde el lunes de la semana pasada tienen un centinela de vista que no les deja vivir, y en cuanto nota que el esterero extrema su amor y trata de cogerle la mano á la criada, ya está el centinela tosiendo fuerte y hasta se permite decir al galán:

—¡Eh! ¡eh! Retire usted esa mano.

—¿Y á usted qué le importa?—replica el novio.

—Ya lo creo que me importa. ¡Pues no faltaba más!

—¿Es usted su padre?

—Sí, señor; yo soy padre de todo el mundo. ¿Lo oye usted? De todo el mundo. Y, ó retira usted la mano, ó le llevo á usted á los tribunales de justicia.

La otra noche el esterero quiso arrojarle sobre su espía, y gracias á la portera no hubo allí un dos de Mayo; pero el espía no abandonó el terreno y todas las mañanas espera á la doméstica, cuando va á la compra, y desde la calle del Príncipe hasta la plazuela del Carmen le va dando consejos.

—¡Jesús, qué mosqueón!—dice la china.

—Todo lo que te digo es por tu bien. Deja á ese hombre, que tiene mala cara y puede ocasionarte serios disgustos.

—¿Pero usted no ha tenido novia?

—No; yo me casé de pronto, como debe hacer todo el mundo. Quise constituir una familia, en servicio de Dios, y me casé con la primera que pasaba por la calle. Hoy la casé, y al mes y medio ya teníamos sucesión.

Algunos llevan su rigor hasta el punto de no comprar un simple periódico sin conocer las condiciones morales del candidato á ver dadora.

—¿Es usted casada?—preguntan á la infeliz.

—No, señor.

—¿Con quién vive usted?

—Vivo sola.

—¿Absolutamente sola?

—Con un gato.

—Perfectamente. Demue usted *El Imparcial*.

Y se van tan satisfechos.

Se da un padre de familia que devolvió una botas á su zapatero con la siguiente carta:

«Ahí van las botas. Ya me punto near calzando las botas un hombre como usted. Ayer supie que está usted en relaciones con una cigarrera y la levo usted á cenar al sótano II, quedándose usted con las botas y me reservo el derecho que me dan los leyes para perseguirle como infractor de la moral pública.»

Qué falta nos estaba haciendo una Asociación moral!

LUIS TABOADA.

(Prohibida la reproducción.)

CHISMORREO

—Pero, por amor de Dios, ¿á quién le va usted á contar las cosas de la Gabina, cuando las tengo olvidadas hace un siglo?

—¿Sí?

—¡Pa chascas!

«No va usted que llevó ya deciséis años y medio

viviendo en la vecindad?

—Ay, hijo, pues yo pensé que era usted nueva!

—¡Qué!

que lo fírese porque así no habría necesidad de que una supiera cosas que ofenden á la moral y que, por de consiguiente,

la dañan á una.

—Es verdad,

—¡Calle usted, por Dios, señora! Si estoy hasta el moño ya de ver aquí, toos los días, ca espetáculo capaz de sacarle los colores á un guardia municipal, como que en los siete pisos que tié la casa sólo hay, al por mayor, dos mujeres que puedan llamarse honrás talmente: una servidora y usted. Ni menos, ni más.

—Casi tiene usted razón

—Sin cuasi, doña Pilar.

Sí, porque el que á usted le guste el ir al café Imperial por las noches, pa tener un rato de sociedad con la grandeza, no creo que sea pa criticar.

—Pues, sin embargo, hay quien mete chismes en la vecindad porque voy sola.

—¿Pero eso que tié de particular?

—Sí, señor; que va usted sola, pero vuelve acompañada, porque tié usted relaciones con mucha gente. Además, hoy en día, es usted libre y una mujer libre va sola adonde se le antoje sin dar que decir; pero hay personas en este mundo que nacen pa chismorrear de too Cristo, y si no lo hacen cogen una enfermedad.

—¿Má que murmurar de usted, cuando es su plaza de pan?...

—Muchas gracias.

—Sí, señora;

y cuando es usted capaz de quitarse too lo puesto por servir á los demás. ¡Pendones!... Siempre habrá sido la cursi del principal, porque tié una lengua...

—¿Sí?

—Pregúntesele usted á Isaac, el huevero, que ha tratao con ella una temporá y ha tenido que quitarle la mantención á guantás por boconá. Y cuidao, que él no se sulfara por na, porque pué que no haiga habido otro tan manso en jamás.

—¿Pues no es casada ella?

—Sí;

pero está despartá

de su marido por cosas

un poco sacias. Lo cual que con el despartarse perdió un momio regular porque, según dicen toos, él ha sido concejal dos veces y la llevaba con ca zarcillo y con ca pulsera, que propiamente parecía su majestaz. Por supuesto, le sentaban como á un Santo Cristo un par de pistolas, porque ¡miste que es bastota! Natural. Al fin y al cabo, hija de una cangrejera jubilá y de un tío que afeitaba con naez, junto al Hespital.

Aunque, si se mira bien,

sabe Dios de quién será,

porque creo que la madre dió muchísimo que hablar.

—Vive aquí ca sinvergüenza!

Ya ve usted, la Trinidad

tié cara de santa y parece

que en su vida ha roto na,

como quien dice...

—No obstante,

á mí me huele muy mal.

—¿Señora, y á cualquieral

¡Hasta el mismo don Julián,

el comendante de arriba,

que parece así, tan formal...

Acérquese usted una mijaja...

.....

—¡Jesús, qué barbaridad!

—Va ve usted, cosas de chicos

sin reflexión, ¿no es verdad?

En fin, señora, yo estuve

dos años en Arcalá

arrecogida por mor

de una mala voluntad,

y hasta que vine á esta casa

no abrí el ojo, con lo cual

me se figura que he dicho

bastante. Bien, es verdad,

que, á Dios gracias, actualmente

le tengo de par en par,

con lo que he visto...

—Pero, hija,

sabe usted más que Briján!

—¿De cuál, de los vecinos?

Y no le cuento á usted más

feligranas esta tarde

porque tengo que fregar

la escalera, pero el día

que esté usted desocupá,

por milagro... ¡Saba usted,

señorita, que va á entrar

ahora mismo una vesita

de las del café Imperial!

—¿Es López! Adiós.

—¡Adiós!

¿Y que no haiga novedad!...

J. LÓPEZ SILVA.

¡EL PROGRESO!

—Sin salir para nada de su pueblo y entregado á sus rústicas faenas, toda su vida la pasó don Lucas obscurecido en su tranquila aldea. Solamente de chico tuvo que hacer un viaje de dos leguas, y para eso se estuvo medio día metido en el rincón de una carreta, único medio de viajar que sabe y único sitio adonde fué por fuerza. Dichoso, el pobre anciano vivía en la ignorancia más completa, sin saber que hay más pueblos que su pueblo ni soñar que hay más tierras que su tierra... era decir, que para él el universo era poco mayor que una lenteja. Una noche le dijo el boticario:

—¡Don Lucas! ¿Sabe usted que es una pena que teniendo dinero, como tiene, llegue el día fatal en que se muera y abandone este mundo, que es tan grande, y que no lo conoce usted apenas?

—¿Usted no ha visto el mar?

—¡Ni por asomo!

—¡Pues, hombre, es necesario que lo vea!

¿No ha viajado usted en tren?

—¿No sé qué es eso!

—¿Ni tampoco habrá visto luz eléctrica, ni palacios, ni hoteles, ni teatros, ni nada de progresos ni grandezas?

—¿No tal, no las he visto ni me importat

—¿Y lo dice usted así... de esa manera?

Mire usted, señor Lucas, es preciso que haga usted un sacrificio y se resuelva, que después que haya visto todo aquello me va usted á dar las gracias muy de veras.

Se levanta usted un día tempranito, monta usted en la yegua y se va á la estación de Villatorda, donde hay ferrocarril. ¡Eso está cerca! Toma usted el tren y por poquito gasto, á lo sumo por dos ó tres pesetas, va usted á la capital, lo ve usted todo y á las diez de la noche está de vuelta.

Tales cosas le dijo el boticario que le volvió tarumba la cabeza, y al otro día, al despuntar la aurora, salió mi buen don Lucas de la aldea. Se apeó en la estación, y al poco rato por la estrecha garganta de la sierra asomó el tren expreso entre silbidos como oscura serpiente entre la hierba; y al ver el humo espeso que salía y el fuego que arrojaba la caldera y el estrépito horrible producido por el choque violento de las ruedas, se quedó el pobre viejo horrorizado, mucho más de terror que de sorpresa.

—¿Y aquí me he de meter? ¡en este infierno!

—¿Imposible que pase cosa buena! Se metió en un carruaje de segunda, le cerraron después la portezuela, se oyó un silbido y continuó la marcha disparado lo mismo que una flecha.

El pobre señor Lucas, aturdido, miraba en derredor sin darse cuenta, con los ojos abiertos por el miedo y la cara más blanca que la cera...

De pronto, una terrible sacudida se sintió en los carruajes con violencia; rompiéronse los frenos en la marcha, salieron los carriles de las ruedas...

—¿Y allá va el monstruo vomitando fuego á estrellarse furioso entre las peñas!

.....

A un lado del camino, agonizando y cubierta de heridas la cabeza, encontraron después al pobre viejo, que exclamaba entre lágrimas y quejas:

—¿Y para esto quería el boticario

que dejase mi casa de la aldea?

—¿Y esto es lo que quería que yo viese?...

—¿Pues ya he visto más que él, aunque no quiera!

—¿Él habrá visto el tren, no se lo niego,

pero yo he visto el tren... ¡y las estrellas!

FIACRO YRÁYZOZ.

PALIQUE

Echaremos el día á académicos. Pero ante todo conste que no tienen derecho á hablar mal de la Academia y á mirarla con desdén los que por debajo de cuerda procuran congratársela y convertirse en inmortales subrepticamente. El caso es demostrar con hechos, como Pi y Margall, por ejemplo, en España, y Dandet en Francia, que el ser académico no sirve para nada ni significa nada.

El vicio capital de la Academia es en literatura el mismo que, en cierto modo, tenía la religión romana: el culto de la Roma pagana era una dependencia del Estado, una rueda más de aquella gran administración. «Todo el derecho de que usamos, decía un antiguo texto romano, consiste en las cosas sagradas, en los sacerdotes y en los magistrados (*in sacris, in sacerdotibus, in magistratibus consistit*).» La Academia es la literatura á las órdenes del Estado, ó mejor del Gobierno: consiste en las letras supeditadas á la política. Allí los primeros son los políticos, sean ó no literatos; y los literatos verdaderos entran gracias á influencias políticas. Esto no se suele confesar, pero todos lo sabemos.

Ahora ha leído su discurso de recepción Silvela.

El tema es el mal gusto en el siglo XVII. (Ahí me las den todas, habrá dicho Cánovas.)

Nadie, dice un periódico, puso reparos á la elección de Silvela. Es claro. Después de Catalina y otros Balagueres, hemos perdido el gusto en materia de académicos. Para el público ya todos los candidatos son *calceómenos* y cada cual se encoge de hombros y exclama con el estudiante: «Por mí, que entren.»

Silvela podía entrar aunque sólo fuera en calidad de mozo listo.

LOS QUE SE QUEJAN



—Figúrense ustedes si me tendrán mala voluntad que me han puesto el cuadro de las catacumbas el más alto de todos. ¿Qué efecto va á hacer un subterráneo colgado del techo materialmente?



—La Elena con el diputado, la Asunción con el duque... ¡un par de pingos! Y aquí me tienen ustedes á mí, que sé tanto como ellas y no me caen más que estudiantes de primer año.



—¡Redíos! y qué poco caso han hecho hoy de las benditas ánimas!



—López, vaya usted al Congreso, López, al ministerio de la Gobernación; López, al juzgado; López, al estremo; López, á ver que hay de eso de la crisis... y López, ¡ya cobrará usted cualquier día!



—¿Qué le echan al Guerra? ¡Baboses! ¿Qué le echan al Repartero? ¡Ratones! Y que me echan á mí, vamos á ver? ¡Catedrales de Burg se quemaron!



—El del gabinete me debe medio año, el de la sala cuatro meses, el de la alcoba del comedor no paga nunca, y empeñados en que les he de dar huevos fritos todos los días!



—¡Siete años llevo con el mil quinientos y tantos del escalafón! ¡Aquí no se muere ni una rata!



—Á Regález, porque da estos mortales en escena, le dan doce duros, y yo, que sé rebuznar y hacer el lorito divinamente, no paso de los treinta reales...



—El Real me aburre, las carreras de caballos me hastían, los hombres roa parecen insustanciales toros... Si lo sé, me caso con un sibatill para comer garbanos con azafrán en mitad del arroyo...



—¿Qué indecente es la sociedad! No echa á la basura más que los desperdicios...

Además, es *segundo* personaje de un gran partido y *primero* de una gran disidencia; es uno de los oradores parlamentarios que mejor hablan y hablan con más sustancia, y ya se sabe que si la Academia siempre fué política, lo es mucho más desde que la política es parlamentaria. Silvela, además, publicó en su juventud, si no recuerdo mal, las obras póstumas de su señor padre, el ilustre amigo de Moratín, y en tal publicación se mostró muy discreto. Silvela además publicó un famoso libro de historia con pretexto de dar notoriedad á las cartas de una insigne española. Este libro, sin embargo, más podría ser un título para entrar en la Academia de la Historia... Pero en fin, estando las cosas como están, ¿quién va á escatimar méritos á Silvela para ser tanto como... *Commencerán?*

Con motivo de la recepción salió á relucir... el acero damasquino, y la hoja toledana, y el filo emponzoñado... En fin, insistimos, por lo visto, en que Silvela es, como orador, el *curare* de la elocuencia. Va á hacer falta descubrir un Pasteur para las estocadas de D. Paco.

¿Qué clase de microbios tendrá Silvela en la punta de la lengua? Por muy peligrosos que sean, no lo serán tanto como los microbios de la incorrección é impropiedad de que están atacados la mayor parte de los señores académicos.

La Academia publica diccionarios y gramáticas y los académicos demuestran, en pública y solemne sesión, que no conocen ni el diccionario ni la gramática de la Academia.

En la misma solemnidad con que se celebró la entrada de Silvela en la inmortalidad á beneficio de inventario se dijo solemnemente que había «tropos de dición y de sentencia.»

Quien tal dijo creyó que se podía usar tropo por figura, lo cual sería un tropo... si no fuera un absurdo en esta ocasión. La figura es el género, el tropo una clase de una especie de figura... en que no pueden entrar las figuras de sentencia. Esto lo saben los chicos del instituto y aun los de la escuela, y lo sabe D. Hermógenes el de Moratín y D. Hermógenes el de la Central, y hasta lo sabe Palos de Moguel, es decir, Sánchez Moguel en el siglo, pero Palos de Moguel en el centenario.

Todos los tropos son de dición, ó mejor, de palabra; no hay tropos de sentencia ni los puede haber. No se puede decir *tropos de dición por figuras de dición*, según la Academia, porque ésta reserva el nombre de *figuras de dición* para las que *figuran* en la gramática. Los tropos son una clase de figuras retóricas, una clase opuesta á las figuras de pensamiento. Estas últimas se dividen en lógicas, patéticas y de adorno ó cosméticas, que podríamos llamarlas puestos á ello. Las lógicas ó de prueba son, entre otras muchas, la distribución, la enumeración, el atroísmo ó sinatroísmo (que viene á ser lo mismo), la anacefalosis, ítem: paradiástole, paralipsis, epítrope, prolepsis, epanorosis, etc., etc., con otras muchas más vulgares.

¿No hay ningún pedante en la Academia para decirles todo esto á los que hablan de «tropos de dición y de sentencia?» Pues si vamos, que si iremos, porque las bromas ó pesadas ó no darlas, si vamos á las figuras patéticas, tampoco encontramos tropos de ninguna casta, porque no son tropos ninguna de estas figuras: epifonema, apóstrofe, prosopopeya, aposiopesis, prosopografía, ezopoia, hipótesis, anticlímax, litote, con otras menos enrevesadas... Donde entran los tropos es en las figuras de palabra (no las *figuras de dición*, que según la Academia son gramaticales), y entran como una clase de esta especie: 1.ª clase, tropos; 2.ª clase, figuras de construcción (gramaticales, pero sintáxicas), y 3.ª... figuras de dición propiamente dichas, que son, pese á la Academia, entre otras muchas, los metaplasmos, á quien ella reserva el nombre de figuras de dición, equivocándose. En cuanto á los tropos son, según la Academia, tres: metáfora, metonimia y sinécdoque; según otros, cuatro: los dichos y la catacrexis, y según los más, también la metalepsis, alegoría y y antonomasia, que según un estudiante es el tropo que consiste en llamar *Antón á Tomás (antonomasia)*.

De modo que resulta, después de toda esta cacharrería de arqueología retórica, que ni la Academia en general ni los académicos en particular saben lo que es figura de dición, ni lo que es tropo, ni lo que es arquitrabe.

Eso no quita que en cuanto abre la boca cualquier que puede votarle á uno para algo bueno, la crítica (1) diga que «sen lo que sea del fondo, del pensamiento, tocante á la forma no hay que hablar, porque nada más castizo, más castigado, más correcto... etc., etc.»

Hasta del P. Mir se ha dicho estos días que era el escritor castizo por antonomasia (por Antón y Tomás), y se ha dicho con motivo de su *Historia de la Pasión de Jesús*, que es, en efecto, historia de la pasión del Verbo... castaliano.

Y si no, véase la clase: «Levantado en los aires y asido y encayado en la cruz está Jesús.»

«Asido en la cruz? ¿Qué es asir, P. Mir? Ahí tiene usted la pasión del Verbo divino y la pasión del verbo asir en una pieza. «Para satisfacer por los pecados de los hombres la Justicia de Dios exigía, etc., etc.» Ese satisfacer se queda sin complemento, y además no se sabe quién es el sujeto.

Después dice el P. Mir que «habían ido á Jernsalem á celebrar la pasena judíos de todas partes del globo.» Esto no es una herejía gramatical, sino geográfica y anacrónica.

«Ráfagas de aire abrasado circueñan por los desolados campos.»

«Circueñan por? ¿Querría decir circulañan, rodeaban?»

Circueñan es rodear, lo dice el diccionario del P. Mir y compañeros mártires: circueñan, rodear, cercar. Circueñan por es un absurdo, y unas ráfagas que *circueñan* por los campos no pueden ser otras que las del viento *hacacacacado* de las *circueñaciones* de que hablaba Cánovas en sus buenos tiempos.

«Quien no perdonara viendo á Jesús pedir al Padre perdón por sus enemigos.»

Perdón para, señor, para. Pedir perdón por es pedir perdón en vez de otro ó por tal ó cual cosa.

Yo pido perdón por mi enemigo quiere decir que le pido yo en vez de pedirlo él; yo pido perdón por mi gramática quiere decir que pido perdón por el delito de escribir mal. Pero lo que quiso decir el P. Mir es perdón para los enemigos.

De modo que el P. Mir ni sabe lo que es pedir perdón, ni lo que es asir, ni lo que es circueñan.

Lo cual demuestra, para los críticos zangolotinos, que es el más castizo de nuestros hablistas.

Lo que tiene el P. Mir es una imaginación loca, pues una y otra vez insiste en asegurar que el día de la muerte de Jesús hizo en Jernsalem primero un calor bochornoso y después de expirar el Justo un frío insoportable. ¿De dónde saca eso el P. Mir?

Ni los sinécticos ni San Juan dicen palabra del calor ni del frío de aquel día.

Si no saca esas noticias climatológicas ó meteorológicas ó lo que sean ni de San Lucas, ni de San Marcos, ni de San Mateo, ni de San Juan, ni siquiera del documento que acaba de descubrirse y que algunos llaman ya el *Evangelio de San Pedro*, ¿de dónde las sacó el P. Mir?

De su calentamiento cerebral.

En fin, pidamos al sentido común perdón por el P. Mir, por el cual *circueñan* ráfagas de disparates que le asen en la cruz de los desatinos.

Y hasta otra *pasión*, en que puede ser que le cante otro gallo. ¡Ah! ya saben ustedes que el P. Mir también es académico. Es natural.

CLAREN.

SOCIALISMO REFINADO

I

Del primer día de Mayo
la medianoche sería
cuando, después de ir al *workin'*
del partido socialista,
Jerome el picapedrero
(que peca cuando no pica)
con una turda espantosa
regresaba á su bahardilla.
Manta al brazo y mosto al vientre
por la escalera subía
en busca de su parienta,
que era tosea, pero linda,
y al llegar al primer piso,
tiró de la campanilla
del cuarto donde el casero
nadando en oro vivía,
y aunque no contestó nadie,
se aproximó á la mirilla
y empezó á dar estas voces
(y otras voces parecidas):
—¡Oye, tú, casero imberbe!
Sabrás cómo hoy es el día
en que la gente de blusa
se come á la gente rica.
¿Que no te pago hace un año,
tres meses y cuatro días?
¿Anda y que te pague el nuncio!

¿Anda y que te den morcillas!
¿Te crees que esta casa es tuya?
Pues yo te digo que es mía.
Conque lárgate, ó de un palo
te *denuncio* las castillas;
porque lo que era ayer tuyo,
hoy es de este socialista
que debe turnar contigo
en el goce de las fincas.

II

Después de muchos apuros,
llega el hombre á su bahardilla;
da tal patada á la puerta
que por poco la desquicia,
y en vez de hallar á su esposa
ó, mejor dicho, á su víctima,
se encuentra el picapedrero
con la siguiente esquelita:
«Buen Jerome: Partidario
de la sana teoría
de que hemos de turnar todos
en el goce de las fincas,
yo me he llevado á la amable
picapedrera, que es digna
de cualquier cosa. Te aprecia
tu casero,
Juan García»

JUAN PÉREZ ZÚSIGA.

LA PRINCESA Y EL PASTOR

I

—No te importe, mi bien, para querermes
mi estirpe y mi blasón,
que siempre junto á tí, mi orgullo dueñas
y vela mi ilusión.
Es tuyo mi amoroso pensamiento
que siempre va hacia á tí,
y á Dios hago constante juramento
de amarte siempre así.
Princesa soy; ¿qué importa, dueño mío,
que seas tú pastor?
Jamás tu jerarquía á mi albedrío
le preguntó mi amor.
«No te meció tu madre en cuna de oro»
¿Me importa á mí quizás?
Sé que eres más gentil y que te adoro;
no quiero saber más!
Pronto tal vez á pretender mi mano
vendrá algún gran señor;
pero yo le diré: «Venís en vano,
porque amo á mi pastor.»
—¡Pobre de mí que tu ilusión se engaña,
y al fin me olvidará,

pues lo que hay de un palacio á una cabaña pronto comprenderás.

—Yo juro amarte siempre con locura y ser fiel y leal, y ya ves que no puede ser perjura una princesa real.

II

Mucho tiempo hace ya que la princesa no ha visto á su pastor; él llora resignado, pues confiesa que no creyó en su amor.

Hay quien dice que un día en la enramada se hallaron al pasar, y que ella, al distinguirlo, avergonzada no le quiso mirar.

III

Fué la corte de caza; en la espesura se encontraron los dos.

Nadie allí los veía... ¡La perjura sólo le dijo:—Adiós!

—No huyas—él exclamó—y oye mis quejas.

Tú juraste ¡ay de mí! amarme, y por un príncipe me dejas. Y ella le dijo así:

—Te juré, con el mágico embeleso que amor al alma da, amarte eternamente... pero de eso hace dos años ya.

JOSÉ ESTREMEBA.

EN EL OLIMPO

Un día, ya hace siglos, los topos se juntaron y á Jove se quejaron, cansados de cavar.

—Protestamos (dijeron) de que haya tanta gente que goza libremente del aire, el sol y el mar.

—¿Por qué?

—Porque nosotros, por una suerte perra, pasamos bajo tierra la edad de la ilusión, en tanto que allá arriba los más afortunados encargan á los hados de su manutención.

—¿Y qué queréis?

—Que nadie holgando coma y beba, que todo el mundo deba cavar para comer.

—¡Caramba con los topos! ¡Con qué coplitas vienen! Lo malo está en que tienen razón al parecer.

Apolo, tú ¿qué opinas?

—Señor, á fe de Apolo, yo creo que no es solo trabajo el de cavar, y que también trabaja buscando su sustento quien cruza raudo el viento, quien surca libre el mar. Sacar de topo al topo sería un poco grave; ¡ni vuela como el ave, ni nada como el pez!

—De modo que tú piensas...

—Que los comisionados están equivocados, señor, por esta vez.

—Pero hay una injusticia.

—Pues cúpate á ti solo.

—¡Me estás faltando, Apolo!

—¡Pues no me vuelvo atrás!

—Padiste ahogar en germen el malestar profundo.

—¿Cómo?

—¡Poblando el mundo de topos nada más!

SINESIO DELGADO.

CHISMES Y CUENTOS

En un importante consejo de ministros celebrado hace tres días se trató extensamente de los presupuestos. Como ésta es la cuestión principal de las que afectan al país y las reformas hechas por el ministro de Hacienda son trascendentales, el Sr. Gamazo dijo á sus compañeros de gabinete:

—Es preciso guardar la reserva más absoluta y no comunicar á la prensa estos propósitos. Si veo en ella alguna indicación... creeré que se trata de jugadas de Bolsa.

Dispense usted, D. Germán: las jugadas de Bolsa se hacen cuando los planes de Hacienda se conocen reservadamente, pero cuando la prensa los publica y los sabe de memoria todo el mundo, ¿quién se va á meter á jugar? Sobre todo, ¿quién se va á meter á perder á sabiendas?

Se ha sacado á subasta la conducción de la correspondencia desde Nava (Asturias) al establecimiento termal de Buyeres. El servicio es diario, la distancia de seis kilómetros y el tipo de subasta... un real diario.

Contando con que el que se quede con la canonjía no gaste más que quince céntimos de calzado en los doce kilómetros que ha de recorrer todos los días, le quedan diez céntimos para vicios.

¡Muchas plazas así son las que hacen falta para resolver la crisis obrera!

La partida misteriosa, novela en varios capítulos, para folletín:

«Se ha presentado una partida separatista en Santiago de Cuba.»

«La partida consta de trescientos hombres que por donde van llevan el escándalo consigo.»

«Personas conocedoras del país aseguran que ésta es la peor época del año y que la persecución será difícilísima.»

«La partida se compone de tres mil hombres.»

«El gobierno ha ofrecido no escasear tropas ni dinero para ahogar en germen el movimiento separatista.»

«Se han sorteado los batallones destinados á marchar á Cuba al primer aviso.»

«La partida, que se componía de 25 hombres, se ha presentado á indulto de buenas á primeras.»

Y ahora que venga el diablo y lo explique.

En la Exposición histórica re-inaugurada antes de ayer llama justamente la atención la preciosa colección conocida con el nombre de *Tesoro de los Quimbayas*, compuesta de 360 objetos de oro que pesen cerca de 22 kilos. ¡Veintidós kilos de oro! ¡Con decir que casi no hay otro tanto en el Banco de España!

Libros:

Pabellones militares, lindísimo sainete de Ricardo Monasterio, estrenado con gran éxito en el Teatro Lara, y que dió lugar á serias complicaciones que impidieron las representaciones sucesivas.

Mis pensamientos, colección de poesías de D.^a Pastora Echegaray, hermana de los dos insignes autores dramáticos D. José y D. Miguel, y que, á juzgar por la maestra, lleva con honra tan ilustre apellido.

Las irresistibles, juguete cómico en un acto y en verso, original de nuestro colaborador D. Rafael Torromé, estrenado con gran aplauso en el Teatro Lara.

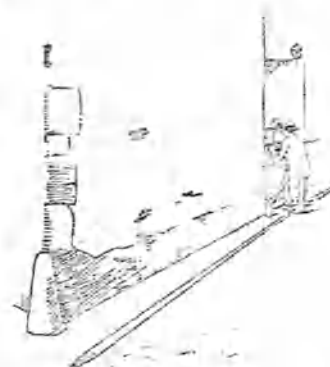
LEY DE 30 DE JUNIO DE 1892



Juanito, el simpático Juanito salió á la calle.



encendió un cigarrillo



y encontro á su novia; lo cual no tiene nada de particular.



Lo particular fué la sorpresa que causó la muchacha al presentarse en casa con la nariz sucia.



¿De que sería aquella mancha? Nadie podía encontrar la clave del enigma.



Sin embargo, yo puedo enterar á ustedes del secreto... ¿Han comprendido ustedes?

ANUNCIOS



De bruces contra una losa cayó de un modo terrible y no se dañó gran cosa, porque tiene una preciosa dentadura inmovible.

Tirso Pérez.—Mayor, 73.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES



Ramón escribe á Asunción y dice en una postdata: «Para pasteles de nata, la *Nor y Nata*.—RAMÓN.»
Plaza de Celenque, 1.



Bebe, que ha dicho el doctor que te vas á reponer con el Jerez para enfermos de la Viuda Ruiz de Mier.
E. Oliveres, Valverde, 8, pral. dra.



Una familia que no había visto nunca las baldosas especiales, artesonados para techos, mosaicos, azulejos, objetos de arte de mayólica, etc, etc., de la casa *Escofet Fortuny y Compañía, Alcalá, 18 (Equitativa).*



De M. García Carrasco soy parroquiano, y observo que ahora un sombrero me dura lo que antes cinco sombreros.
Carretas, 26.



A San Sebastián le pintan siempre desnudo, y él dice: «¿Por qué no me ponen una camisita de Martínez?»
San Sebastián, 2.



La misma familia después de haber visto los azulejos, objetos de cerámica, mosaicos, artesonados, baldosas especiales, etc., etc., de la casa *Escofet Fortuny y Compañía, Alcalá, 18.*



Con un terno de *Pesquera* bajó al infierno Vicente y, al ver lo elegante que era, el guardián de su caldera le dió un ósculo en la frente.
Magdalena, 20.



Quien ponga en su habitación la luz eléctrica al fin, que encargue la instalación, á D. Manuel Florentin.
Ballesta, 20.



—¿Quieres blando lecho de algodón en rama ó árabes cojines donde duermas bien?
—Mejor que todo eso... ¡cómprame una cama, que las hay muy buenas en este Almacén!
Plaza de la Cebada, 1.



Cuando quieras merecer de la Academia el favor, esto tienes que beber, porque el *Cognac de Moguer* limpia, fija y da esplendor.
Sobrinos de Guínea, Carretas, 27.
Depósito de vinos, Arenal, 2.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPañIA COLONIAL
TAPIOCA, TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPÓSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

MADRID CÓMICO
PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO
PRECIOS DE SUSCRICIÓN
Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.
En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.
Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
PRECIOS DE VENTA
Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Fontanar, 4, primero derecha.
Teléfono núm. 2.160.
DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO.